

## ***Estoy triste***

-¿Qué tal esta semana, Lis? ¿En qué has pensado? ¿Tuviste pesadillas?

-No he tenido pesadillas, pero he vuelto a sentirme triste, Ámbar, me he sentido muy deprimida.

-¿Y eso por qué?

-No entiendo por qué no revelaba lo que me pasaba. Recuerdo qué era lo que yo quería: volver con los míos. Pero callaba, siempre callé, aprendí a silenciar mi interior demasiado pronto. ¿Cómo una niña tan pequeña es capaz de ocultar sus sentimientos de esa forma tan hermética?

-¿Por miedo tal vez, Lis? No puedes culparte por ello, eras una niña, no tenías las herramientas adecuadas, puede que los miedos al rechazo, a no ser querida, te hiciesen actuar así. Lis, míralo de este modo: te ves fuera de tu círculo familiar con otro grupo diferente, que no es el tuyo, pero tampoco sabes si es ese tu sitio. Tú a esa edad no entiendes nada, tan sólo tienes una necesidad básica y primaria: que alguien cuide de ti. Y ellos, tus tíos, lo hacían, ¿no?

-Sí, llevas razón. Muy pronto fui víctima de ese chantaje emocional que solemos hacer a los niños. Mi tío Olmo era muy cariñoso conmigo y yo, muy pronto, empecé a quererle. Al igual que a mi madre nunca la pudo sustituir mi tía Rosa, a mi padre, un hombre callado y poco afectivo, no era difícil sustituirlo. Mi tío Olmo lo mejoraba con creces. Era un hombre cariñoso y bromista, jugaba conmigo mucho. Recuerdo que me abrazaba como nadie y eso era lo que más feliz me hacía. Cuando mi tío me veía llorar -y él bien sabía por qué-, me preguntaba: “¿Es que no nos quieres?, ¿y ya no quieres estar conmigo?” Y yo le respondía: “Estoy triste”. Con bromas y besos siempre me hacía reír y contaba mi tristeza con los pequeños dedos de mi mano. Entonces, me preguntaba de nuevo: “¿Cuánto estás de triste?” Yo le mostraba mis manitas y él besaba mis pequeños dedos mordisqueándolos, comiéndose mi tristeza. Después, volvía a preguntar: “¿Y ahora cuánto te queda de tristeza?” Yo iba encogiéndome los dedos, hasta que entre sus brazos le decía: “Tito, ya no estoy triste, ya se ha ido”. Y terminaba convencida de que era con ellos con quienes tenía que estar. Pero aquella sensación de sentirme “trista”,

siempre me acompañó. Me aparecía espontáneamente como un vómito, lloraba un rato y se pasaba.

-Lis... ¿cómo eran los abrazos de tu madre?

-... No los recuerdo. Siempre he sentido que para mí no hubo abrazos, pero es porque no puedo acordarme de ellos, no sé por qué. Recuerdo con envidia cómo mi madre besaba a mis hermanos menores. No sé si es un sentimiento bueno o malo, a la envidia me refiero, pero es así: me encantaría poder acordarme del sabor de los brazos de mi madre. ¿Sabes? A quien más eché de menos siempre fue a mi hermana mayor, Azucena. La adoraba, era mi ídolo. Nos llevamos diecisiete meses y siempre fue una niña lista y resuelta. Yo me pegué a ella como una lapa, tanto que cuando empezó a ir al colegio mi madre tuvo que pedirle a la maestra que me dejara con ella unos días, porque no había quien me hiciera callar en casa vociferando: "¡Quiero estar con mi Azucenita!" Después, al salir del pueblo, cuando nos separaron, me sentí sola y desorientada. Era ella la que tiraba de mí. Yo hacía cuanto ella me decía, la imitaba en todo. Creo que tras nuestra separación me convertí en una niña tímida y solitaria,

además de insegura. Por otra parte, no sé a ella cómo le fue sin mí. Me imagino que lo tuvo más fácil, porque en su vida sólo cambió el que yo no estaba. Pronto llegó mi hermana Margarita y pudo disipar su tristeza con el hecho de tener que cuidarla; la llegada de un niño a una familia siempre es alegre y ella que era tan hacendosa... imagino que la distraería y le haría olvidar mi ausencia... Además, a los diecisiete meses de nacer Margarita llegó mi hermano Milo, posiblemente a Azucena no le diera tiempo a pensar -como digo- en mi ausencia con dos bebés tan seguidos. A los dos años de Milo nació Boj, el más pequeño y el más simpático de todos; cuando él nació -Boj y yo nos llevamos siete años- creo que ya había demasiada distancia entre todos, entre mis hermanos y yo. Por aquel entonces, Azucena era como un adulto en pequeño, siempre le cargaron más responsabilidad de la que le correspondía a su edad. Ayudaba a mi madre en todo: era capaz de cambiar pañales, dar papillas, tomar a dos bebés a la vez, uno en cada cadera. Azucena era necesaria en la casa y los otros demasiado pequeños. Yo no sé qué papel ocupaba y por eso volvía con mis tíos.

-¿Y el resto de tus hermanos?

-Crecí sin ellos y ellos sin mí. Siempre tuve la sensación de ser una extraña para ellos, una injerencia en sus vidas. Todo estaba bien ordenado, hasta que yo llegaba. Algunas veces escuchaba la protesta de los más pequeños y mi madre les reñía. Ellos entenderían mucho menos que yo todo aquel dislate. Recuerdo que nunca tuve un cajón para guardar mis cosas en casa de mis padres ¿Sabes dónde las guardaba? En mis macutos, y tuve varios. Se los regalaban a mi tío los laboratorios farmacéuticos; uno de ellos fue una bolsa roja que le habían regalado a mi tío Olmo en un congreso y a mí me hizo mucha ilusión recibirlo. También guardaba mis cosas debajo de una silla... ¿A nadie se le pudo ocurrir que yo, simbólicamente, necesitaba un espacio en aquella casa para poderme sentir parte de ellos? También recuerdo que me gustaba tocarlo todo, eso de abrir y cerrar cajones, registrar... En los cuartos de mis hermanos esa fea costumbre mía me llevó serios disgustos y regañones por meterme entre sus cosas. Hasta que no he tenido mi propia casa no tuve cama de verdad...

-¿Qué me dices?! Explícame eso...

-En casa de mis tíos siempre tuve una cama mueble, de esas que recoges de día y

abres de noche. Y no es que no hubiera sitio, es que yo nunca lo tuve de verdad, ni en su casa ni en su corazón; son signos, que uno no sabe ver. Es posible que ellos, mis tíos, si fuesen conscientes de que yo era prestada, y los préstamos cumplen. Temerían que en algún momento mis padres solicitaran la cesión del préstamo. De ahí se deriva mi odio hacia las camas mueble que pueden ser soluciones temporales, pero nunca definitivas. Que me perdone el que las use, pero conllevan un mensaje subliminal: "Este no es tu sitio, estás aquí provisionalmente". Y en casa de mis padres, dormía con mi hermana mayor. En las familias numerosas era normal compartir camas; la pequeña, Margarita, nunca consintió que durmiese con ella. A Azucena y a mí nos divertía dormir juntas, al menos yo así lo recuerdo. Luego, durante un tiempo hubo una cama para mi abuela, mi abuela Amaranta, la madre de mi madre. Vivía en Barcelona, pero pasaba temporadas con mis padres y hermanos. Cuando ella se marchaba, yo dormía en su cama, pero al morir la abuela Amaranta, aquel cuarto se transformó en una habitación de estar y de estudio para mis hermanos. Ya no hacía falta la cama. Y realmente así era, yo ya iba cada vez menos,

mis hermanos crecían y necesitaban más espacio. Creo recordar que durante una época hubo unas literas, incómodas y difíciles de manejar a la hora de hacer las camas y limpiar la habitación. Eran un inconveniente insalvable para una mujer tan excesivamente limpia, como lo era mi madre. Por otra parte, por aquellos años ya éramos todos grandes y mis padres no vivían en nuestro pueblo, en Monte Frío; se habían trasladado a Prado Bajo, un pueblo más cercano a Prado Verde, la capital, y con más mayores posibilidades laborales para mi padre, donde estaba su nuevo destino laboral. Se habían cambiado de casa, y habían ganado un amplio salón con un cómodo sofá, verde, donde yo dormía cuando les visitaba, que ya era cada vez menos.

-¿Y tu padre qué papel jugó en todo esto?

-Roble era un hombre fuerte, callado, poco expresivo y nada afectivo, eso sí, muy trabajador, nunca se le veía ocioso, solo cuando jugaba a las cartas con sus amigos, único pasatiempo que tenía. Imagino que debió de pensar que su hermana y su cuñado cuidarían bien de su segunda hija, Lis. Nunca le oí pronunciarse ni a favor ni

en contra, aunque mi hermana mayor me contaba que mis idas y venidas siempre fueron la causa de las continuas disputas entre mis padres. Sé que había luces y sombras entre ellos, entre mis padres... bueno, más sombras que luces por mí, pero ambos eran lo suficiente discretos como para no discutir delante de nadie, aunque una niña pequeña y distraída, como era yo, se empapa del olor de la tristeza de sus padres, y se siente culpable y mala, como yo me sentí tantas veces. Pensaba que todo lo malo o negativo que pasaba era por mi causa.

-Lis, descríbeme a tu padre...

-Un hombre alto, moreno, bien parecido, de pelo negro y rizado. Tenía un caballo, puede que tan solo fuese un mulo, pero a mí me parecía un gran caballo. Me gustaba el animal, y que mi padre me aupase en él. Algunas veces venía serio o enfadado y no me montaba y aquello me entristecía. Llevaba unas gafas tintadas, algo le pasaba en un ojo, porque siempre lo llevaba cerrado. Un día quise averiguar qué le pasaba, con esa obsesión de tocarlo todo... e intenté quitarle las gafas, pero no me dejó. Entonces, mi hermana Azucena me susurró al oído que no tenía ojo. Aquello me hizo



sentir tristeza y ternura por él. Llegué a pensar que quizás por eso era tan callado, porque estaría muy triste por tener solo un ojo. En relación a esto me acuerdo de cómo nos tapábamos los ojos y jugábamos, Azucena y yo, a hacernos las cieguecitas. Cubríamos nuestra vista con un pañuelo y con un palo largo a modo de bastón, andábamos hasta que nos caíamos y fingíamos lamentos y tristeza. Reíamos y reíamos sin parar hasta quedarnos transpuestas. ¡Cómo eché de menos siempre los juegos y las risas con mi hermana...! En varias ocasiones intenté de nuevo abrirle el ojo a mi padre, pero se enfadaba si lo hacía. A él no le gustaba nada que le tocasen o lo abrazasen... y yo como lo tocaba todo... puede que sea porque siempre me gustó sentir y percibir las cosas con las manos. Además, valoro muchísimo el sentido del tacto; mediante él podemos captar mucho de lo que tocamos, a quién tocamos... con el tacto podemos captar más de lo que nuestros interlocutores son capaces de decirnos -me quedo pensando en mi padre durante un instante más y prosigo con mis recuerdos-. Tampoco recuerdo que jugara con nosotros, como sé que tampoco nos pegaba, como otros padres hacían. Bueno,

no es verdad, una vez me pegó un azotazo, lo recuerdo porque ya era más grande. Fue en una de mis idas y venidas: mi madre había cocinado uno de sus platos estrella, habichuelas, judías blancas. Para él era un plato delicioso y a mí me dio por decir que no me gustaban (el tema de las comidas fue terrible en aquella época). Tras el azotazo, me sentó en la silla con energía y me dijo que hasta que no me las comiera todas, no me levantase. Mientras las comía envueltas en lágrimas, recuerdo que yo misma me decía: “¡Pero qué rico está esto!” A partir de entonces, nunca más protesté por las habichuelas y se convirtió en uno de mis platos favoritos. También he hablado de la envidia porque nunca sabré si es un sentimiento bueno o malo, pero yo he sentido mucha cuando veía a otros niños jugar con sus hermanos o yendo de la mano con los suyos. Esa envidia me ha perseguido siempre cuando veo relaciones familiares, que yo creo normales, -aunque nada es lo que se ve-, pero para mí me hace recordar lo que se me quitó. Y, ahora que lo pienso, creo que no es un mal sentimiento, porque la envidia ha sido un acicate para que yo promueva la autenticidad en mi propia familia, la que yo y mi marido hemos

creado... ¿Sabes...? No sé de dónde me sale, pero yo tenía idealizada la figura de un padre, tal vez por esa educación patriarcal de la época. Tampoco tengo malos recuerdos sobre él. Mi padre me infundía respeto, a pesar de su carácter tan alejado del de mi tío Olmo. Como mi abuela Jara me decía, era un hombre callado, como su padre, mi abuelo Ciprés y como su hermano, Sauco, por lo que me imaginé que los hombres de mi familia eran así. Así Roble, mi padre, también lo era: un hombre callado por herencia.

-De aquellos días cercanos al cambio, ¿hay alguien del que tengas un especial recuerdo?

-Me gustaría revivir aquel día, pero se ha esfumado. Es curioso cómo me acuerdo de los días anteriores, cuando le decía a mi tío Olmo "Yo no he ido nunca a tu casa" y quería ir. A mi hermana Azucena sí, si que la habían llevado. Todo el mundo hablaba de la capital, de Sierra Verde, una ciudad mucho más grande que nuestro pueblo. Los pueblos empezaban a ser abandonados porque en las ciudades había más trabajo. Estamos hablando de los años sesenta... Me atraía todo lo que me contaban de aquella ciudad. Decían que en Sierra Verde había un

parque con columpios y caballitos de feria; aquello era muy tentador para una niña.

-Puede que no te guste y es por eso que está oculto en tu subconsciente. Hay que hacer un mapa de las dos familias: por un lado, tus padres, Violeta y Roble, y tu hermana Azucena, y en la otra familia tus tíos, Olmo y Rosa. También me has hablado de otra tía. ¿Es acaso la que compartirá contigo los bienes?

-Sí, mi tía Dalia, la hermana menor de mi padre; ella es dieciocho años mayor que yo. Ella siempre fue amable conmigo. Se vino del pueblo con ellos, con mis tíos. Estaba delicada de salud por lo que la recuerdo siempre haciendo reposo, recostada en un sillón y cosiendo. De esta manera ayudaba a su hermana, Rosa, en el taller de costura. Ella no podía cuidar demasiado de mí, aunque mostraba más paciencia conmigo que mi tía Rosa. Al menos nunca me gritaba... rezaba muchos rosarios, quería que yo aprendiera, pero eran tan largos y aburridos que siempre me distraía y a ella la equivocaba. Cuando estaba mejor, me peinaba y me bañaba. Yo siempre me ponía los zapatos al revés y ella me lo recordaba. También me llevaba con sus amigas cuando iba a la piscina, que era lo que había en la

época... También otro recuerdo que tengo asociado a mi tía es un tocadiscos, uno de esos de maleta, un pick-up. A mí no me dejaban ni acercarme a él, aunque ganas no me quedaban para averiguar cómo podía salir aquella bonita música de dicho artilugio. (Exactamente no sé si era de ella o de mi tío Sauco, su hermano, que era técnico de toda clase de aparatos. Trabajaba de maquinista en un cine y aprendió el mecanismo de la incipiente tecnología de entonces, como el hacer y arreglar radios). Recuerdo escuchar en las agradables tardes de domingo a Elvis Presley, Frank Sinatra, o al mítico Manolo Escobar que aún no había perdido el carro, Raphael, por ser del país era todo un ídolo. Y los favoritos el Dúo Dinámico. Los discos se los prestaban entre las amigas y vecinas. Se hacían unas rosetas, palomitas, acompañadas de ponche y ya tenían los jóvenes la fiesta organizada. Entonces, a mí me dejaban merodear, escuchar la música, tomarme una gaseosa de la Pitusa. Luego, cuando la fiesta terminaba, procuraban poner la maleta del tocadiscos en un sitio alto donde yo no llegase, casi siempre encima de la nevera *Kelvinator*, otra modernidad del momento. Si no tocaba el aparato, yo no podría frenar el vinilo con

mis dedos ni tocar la aguja que marcaba el ritmo.

-¿Existía alguien cercano que se preocupase por ti especialmente, aparte de tu tía Dalia?

-Mi tía Dalia, por aquellos años, tenía su mente demasiado ocupada en sus amigas y su noviazgo. Había perdido parte de su adolescencia y, lógicamente, una vez recuperada su salud, quería rescatar los años perdidos. Su sobrinita no era responsabilidad de ella. Había sido mi tío Olmo, su cuñado, el inventor de traerse del pueblo a una niña tan traviesa y llorona. Pero, sí, hay una persona especial en mi vida: mi abuela; era el nexo de unión de las dos familias y cuando ella estaba conmigo me sentía segura y miembro de ambas y no estaba tan triste. La tristeza siempre fue una constante en mi infancia. Eran como flashes que iban y venían, aunque los resolvía rápidamente. Creo que cuando me venían esas ganas incontenibles de llorar, les decía: "Quiero llorar un poquito". Ellos se reían y me dejaban salir a las escaleras para llorar. Pronto me libraba de mi nostalgia. Gracias a esa gran imaginación, con la que siempre tuve que inventarme historias o imaginarme cerca de los míos, especialmente con mi

hermana Azucena. ¡Hasta imaginaba estar físicamente con ella y sus amigas! Mi abuela venía con frecuencia a ver a sus hijas junto al abuelo Ciprés, siempre acompañados de grandes cestas, repletas de manjares de nuestro pueblo. Siempre traía algo especial escondido en el fondo de la cesta para mí: una cajita de anises o la piel de un conejo, limpia y curtida para jugar a marionetas. Ella, mi abuela Jara, fue la que me unió siempre con las dos familias. Me hablaba mucho y bien de mi madre, aunque mi madre nunca la aceptó al cien por cien. Puede que la culpaba, en parte, de aquel dislate. Mi madre se quedó sin su familia: todos se marcharon lejos, sus hermanos y sus padres, ya mayores, mi madre era la hija menor de su familia y la diferencia de edad con sus hermanos era considerable. España era en su mayoría un país agrícola, pero, por otra parte, se estaba iniciando una nueva oferta laboral en el mundo de la industrialización... las negras sombras de la guerra civil se alejaban. La fase aperturista del régimen, -que se inició hacia finales de los años cincuenta y que continuó a la etapa autárquica de los años anteriores-, fueron años difíciles desde el plano social. Se empezaba a vislumbrar otro ambiente

laboral muy diferente al del medio rural y esto puede atribuirse, entre otros factores, tanto al turismo como a la emigración; creo que ambos fenómenos sociales contribuyeron a desencadenar la aceleración del desarrollo económico. Todas las fábricas importantes estaban en Madrid y Barcelona, y las gentes se marchaban en busca del trabajo que su región les negaba. Después, en Monte Frío solo quedó la familia de mi padre, Mi padre trabajaba con el abuelo. Tal vez mis padres fuesen dependientes económicamente de ellos, pero no creo que mi abuela Jara viera bien que me alejaran de los míos, entre otras cosas porque sé que me quería especialmente, al menos así lo quiero recordar.

-¿Quieres referir algo más de tu abuela Jara?

-Mi abuela Jara me contaba que yo había nacido un poco antes de tiempo, muy delgadita, en un diciembre especialmente frío. Decía que no me agarraba al pecho y que temió por mi vida durante los primeros meses; en aquellos tiempos la mortalidad infantil en España era aún demasiado alta. Mi abuela me refería que yo siempre estaba tosiendo y hasta ella vio bien que me llevaran una temporada a cambiar de aires.



Allí con el tío Olmo que era practicante me recuperaría.

-Insisto: ¿algo más?

-Sí: mi abuela Jara fue mi madrina y me puso el nombre de su madre, por eso que no le gustó separarse de mí. Por otro lado, su hija mayor, mi tía Rosa, ya sabía que no iba a tener hijos y a mi madre la maternidad le sonreía: ya gozaba de un tercer retoño. En una ocasión, me contó mi abuela Jara que ella pensó que mi situación sería algo transitorio, mientras mi madre se recuperaba del nuevo parto. A mi abuela si me atrevía a preguntarle, pero no me servía de mucho, me respondía con evasivas y excusas poco creíbles, o se me ponía a bailar la jota, cuando ella creía que ya me había dado demasiadas explicaciones.

\*\*\*

La terapia con Ámbar marchaba bien. Me hacía sentirme cómoda sacando de mi interior los recuerdos más remotos, unas veces vagos y otras fuertemente claros. Me empezó a gustar el dedicar aquellas tardes a verbalizar lo que ni yo sabía que tenía dentro. Tarde tras tarde, fui desgranando mi pasado. Podía comprobar que, a medida que

iba sacando cosas de mi interior, la endopresión iba disipándose.

ERIS EDICIONES